

Relato breve de una convenida decadencia

Santos Juliá, *El País*, 14 de octubre de 2012

Se confesaba Juan Valera, en los años de su ancianidad, cansado y disgustado por aquel “afán de regeneración que hoy nos abruma y que va convirtiéndose en pesadilla insufrible y harto humillante”. El alud de libros que él definió como “elegiacos y terapéuticos” no llevaba trazas de parar, todos ellos dirigidos a la regeneración de España, muerta, bajada ya al sepulcro del que los regeneradores de la patria querían resucitarla. Don Juan acompañaba sus lamentos con una recomendación al silencio, a no alborotar más de la cuenta para que la patria se restableciera y recobrara sus bríos con solo vivir tranquila, “sin incesantes trastornos y disparatadas mudanzas”.

Se refería Valera a todo lo que Miquel dels Sants Oliver definirá años después, en una serie de artículos publicada en *La Vanguardia*, como literatura del desastre, afortunado título para un género literario suscitado por la conciencia aguda de la decadencia de España. Cultivado por liberales y católicos, por progresistas y moderados, unos señalando con el dedo a la dinastía austriaca y a la Inquisición, otros a la dinastía borbónica y a la herejía como origen de los males, todos de acuerdo, sin embargo, en que la causa verdadera de la decadencia eran los “políticos abyectos”; y si no todos, muchos de ellos pregoneros de terapias quirúrgicas: lo que España necesitaba era un cirujano de hierro al que no temblara el pulso para sajar el mal; un cirujano que echara a los políticos a escobazos.

Pasó el tiempo y llegaron, en efecto, los cirujanos, dos, a falta de uno. El primero fue un andaluz, el segundo era gallego. Los dos se creyeron el consolador relato de la decadencia: qué grande había sido la nación española, esa era la elegía; qué bajo ha caído la nación española, arrastrada por la política y los políticos: ese era el diagnóstico; que grande volverá a ser la nación española si liberamos al pueblo del yugo de la política: esa era la terapia. Y aplicaron el bisturí, el primero para barrer a los viejos políticos, cerrar el parlamento y liquidar la Constitución de la Monarquía; el segundo para extirpar el mal de raíz, llevar a los políticos al paredón y liquidar la Constitución de la República.

Pasaron otra vez cuarenta años, los salvadores de la patria decaída lo intentaron de nuevo, pero si el anterior acabó en tragedia, ahora culminó en farsa. Los políticos lograron entenderse, no quedó rastro de literatura terapéutica, se acabó el discurso de la decadencia, no volvió a sonar la trompetería noventayochista sobre la raza degenerada y los políticos abyectos y, mal que bien, hemos construido durante los últimos treinta años un Estado sin incesantes trastornos ni disparatadas mudanzas.

Mucho tiempo, quizá, porque a las primeras de cambio, cuando el rumbo de las cosas se ha torcido de verdad y nadie sabe como enderezarlo, surge de nuevo, impetuosa, la literatura del desastre, versión siglo XXI, con todos sus aditamentos: elegía del tiempo pasado, decadencia del actual, y ifuera los políticos!, únicos culpables del desaguisado. Ciertó que también los políticos han tomado parte en la revitalización del ancestral relato, llamándose de todo, cuando había dinero para repartir a espuestas. Y de aquellos polvos de la crispación –una estrategia electoral que consistía en llamar al adversario mentiroso y traidor, concusionario y ladrón- estos lodos de la masiva deslegitimación. No hay manifestación del pueblo en la calle en la que no se repita a coro la vieja canción: fuera los políticos.

Ha subido tanto la marea que ha llegado, si no a inundar, sí a regar la prosa inefable de un auto judicial. No encontrando el magistrado mejor argumento para declarar libres de polvo y paja a los organizadores de una manifestación que se proponía rodear el Congreso, evoca la “convenida decadencia de la llamada clase política” como prueba inapelable de la inocencia de los convocantes. Convenida decadencia. ¿Y eso qué es? preguntaría Baroja, el de los políticos abyectos. Convenida decadencia, qué majadería, pero qué genial contribución a la insufrible jerga de la clase judicial.

Todo esto, la literatura terapéutica, el juez de la Audiencia Nacional y su auto, serían de broma, si no fuera porque la rampante deslegitimación –que no la crítica- de la política y de los políticos oculta que el origen de la crisis se sitúa en el corazón mismo del capitalismo financiero y en su nueva clase de ejecutivos rapaces, y las recetas para salir de ella consisten en desmontar el Estado de bienestar –educación, sanidad, pensiones, servicios públicos- construido durante las últimas décadas por varias generaciones de políticos.